

## El mal, el nazismo y dos mujeres

**María del Carmen Rosso**  
**Universidad Nacional de Córdoba**  
**Argentina**

### *Introducción*

Angelika Schrobsdorff nació en el año 1927 en Friburgo, Alemania y fue recién en 1992, a los 65 años, que escribe *Tú no eres como otras madres*, una obra difícil de categorizar según algunos críticos. Yo planteo que las 587 páginas que Angelika escribió sobre su madre, sobre ella misma, su familia y su entorno son una *ficción autobiográfica* porque la autora utiliza datos reales que obtiene de cartas, de charlas con amigos y parientes que sobrevivieron la guerra y de su propia memoria. Sin embargo, ella también *reconstruye e imagina* algunos acontecimientos que no recuerda por completo porque era demasiado joven o porque todavía no vivía o porque no estaba presente en el momento que ocurrieron. Entonces, a los hechos reales se suman ciertamente elementos ficcionales que completan la obra.

La autora alemana combina la narración en primera persona cuando escribe sobre sí misma con la tercera persona omnisciente cuando escribe sobre los demás. Hay un intertexto explícito en la forma de cartas reales y también a veces habla de sí misma en tercera persona todo lo cual le brinda al relato una interesante riqueza de matices.

Las historias de vida de Else Kirschner, de Angelika Schrobsdorff y de sus entornos habrían sido muy diferentes si Hitler y el nazismo no hubieran existido. Por eso dedico la primera parte de este ensayo a analizar someramente cuestiones sobre el mal, su origen, su eterna presencia entre nosotros, Hitler, el nazismo y el Holocausto.

## I. *El mal y otras cuestiones*

El mal, la maldad, la infamia, la vileza, la injusticia, palabras incómodas. ¿A quién se le ocurre escribir sobre el mal hoy cuando hay tantas cosas interesantes, positivas y divertidas para ver y escuchar en Youtube, Instagram, Spotify, Facebook, etc.?

Lamentablemente, a pesar de todas las cosas maravillosas que el mundo y la vida siempre nos proporcionan, lo malo, lo monstruoso, lo que nos destruye de una manera u otra también siempre persigue a los seres humanos. A veces desde situaciones que no tienen mucho que ver con nuestro accionar, otras veces sí somos nosotros quienes por acción o por omisión contribuimos a crear condiciones donde se suscita lo maligno. Nos guste o no, la presencia del mal entre nosotros es eterna.

Decidí empezar este ensayo haciendo un análisis somero sobre el tema del mal por la sencilla razón de que la novela que me ocupa no se habría escrito si no fuera porque en el año 1933 llega al poder en Alemania el Partido Nacional Socialista Obrero Alemán o Nazismo cuyo accionar entre ese año y 1945 se puede describir, sin errar demasiado, como una manifestación del mal en la tierra.

Voy a referirme al tema en forma general y haré algunas referencias más específicas al nazismo ya que así lo estaría requiriendo *Tú no eres como otras madres*.

Muchos autores con líneas de pensamiento variadas se han enfrentado al problema del mal y han aportado ideas para tratar de entenderlo y conceptualizarlo. Dura tarea. Voy a pasar a mencionar a algunos de ellos.

La tradición agustiniana afirma que ontológicamente el mal no es algo que exista sino que justamente es la ausencia de existencia, es una falla ontológica, mientras que desde el punto de vista antropológico, para San Agustín, la maldad humana tiene sus raíces en la transformación de la naturaleza humana en una imitación falsa, desorientada y

distorsionada de lo que debería ser, esto es, un hombre o mujer que sean imágenes de su creador ( Mathewes 6-7).

Por su parte, el filósofo francés Paul Ricoeur, en su libro *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología* del año 2004, hace una diferencia entre el mal moral (pecado) y el sufrimiento e insiste sobre la disparidad que hay entre el mal cometido y el mal sufrido ( Ricoeur 24).

Para Ricoeur, “el mal moral – el pecado, en lenguaje religioso - designa aquello por lo que la acción humana es objeto de imputación, acusación y reprobación” (Ricoeur 24). En cambio “el sufrimiento se distingue del pecado por rasgos opuestos. (...) el sufrimiento enfatiza el hecho de que es esencialmente padecido: nosotros no lo provocamos, él nos afecta” (Ricoeur 25).

Entonces, si en el primer caso la acusación que resulta del mal moral llama a la reprobación, en el segundo caso, el sufrimiento llama a la lamentación, a la queja, al estilo del Job bíblico ( Ricoeur 25).

La filósofa alemana Hannah Arendt al tratar el tema del mal en su obra *Eichmann en Jerusalén. Un estudio sobre la banalidad del mal*, habla del mal radical y de una característica que tendría el mal según ella, a saber, la banalidad del mal, frase esta por la cual fue criticada por muchos. Andrés González Santos de la Universidad de Colombia en su tesis de maestría de 2011 titulada *Hannah Arendt, el pensamiento y el mal*, se ocupa de estos conceptos y de las ideas de Arendt.

Inspirado en Arendt, González Santos señala que “el mal radical es incomprendible porque desafía nuestras categorías de comprensión (...) muestra los límites de lo posible y de lo que puede ser comprendido” (41). El lenguaje humano se vuelve insuficiente para describir el mal radical. No alcanza porque la razón humana no lo entiende, no puede

aprehender el concepto plenamente. Los campos de concentración nazi, por ejemplo, son una instancia donde el mal radical toma su verdadera dimensión y realidad ( 41).

En su libro *On Evil* de 2010, el académico inglés Terry Eagleton elabora ideas inmensas sobre el mal. Por ejemplo, afirma que: “El mal es contradictorio. Es austero pero a la vez depravado. Es espiritualmente elevado pero también cínico de manera corrosiva. Supone una sobrevaloración megalomaniaca del yo y a la vez su devaluación, igualmente patológica” (103).<sup>1</sup>

Dirigiendo su mirada hacia los hacedores de situaciones monstruosas, Eagleton afirma que: “El mal es el tipo de crueldad que busca alivio por una carencia interior insufrible. (...) Consuela falsamente a aquellos que lo practican contándoles al oído que de todos modos la vida no tiene valor. Su gran enemigo no es tanto la virtud como la vida misma” (Eagleton 106).

El académico inglés cita a Schopenhauer y a Freud para enriquecer su planteo. El primero distingue entre lo bueno, lo malo y lo maligno y afirma que el motivo que provoca una acción maligna es la necesidad de sentir alivio del tormento interior que provoca en nosotros lo que él llamó la *Voluntad* y ese alivio se gana atormentando a otros ( Eagleton 107).

El creador del psicoanálisis por su parte nombra a esa fuerza malignamente sádica dentro nuestro como “el instinto de muerte”. Eagleton sostiene que: “La originalidad de Freud residió en postular que los humanos experimentamos esta fuerza de forma tanto letal como placentera” (Eagleton 107) y termina mencionando que, para Freud, el instinto de muerte es, entre otras cosas, imperecedero o perpetuo y tal como lo ejemplificaron a la perfección los nazis, va a aniquilar más y más materia sin saciarse nunca ( Eagleton 112).

---

<sup>1</sup> Todas las citas de Eagleton son traducción de la autora.

Desafortunadamente la existencia del mal en todas sus posibles ramificaciones y expresiones provoca en los seres humanos una confusión profunda y una duda importante referida a la naturaleza y la razón de la existencia humana. Después de Auschwitz, como sugiere Richard Bernstein en *Radical Evil*, el mal nos demostró que es algo que no se puede justificar o reconciliar con un orden cósmico benévolo ( Bernstein 229). Entonces la existencia del mal se transforma para muchos en un argumento poderoso contra la existencia de Dios ( Eagleton 143). Para un cristiano es terrible e inquietante tener que lidiar con esta posibilidad.

A propósito de este tema, Elie Wiesel, profesor, premio Nobel de la Paz 1986 y sobreviviente de Auschwitz-Birkenau, en su libro *Todos los torrentes van a la mar* afirma: “A veces tenemos que aceptar la fe como dolor a fin de no perderla. Y si esta aceptación hace que la tragedia del creyente sea mayor que la del no creyente, pues que así sea. Proclamar tu fe desde un campo cercado por alambre de púas como Auschwitz puede llegar a ser una tragedia doble” (Wiesel 84). Frente a atrocidades como las de los campos de concentración nazis y como tantas otras del presente como del pasado cercano y lejano, la fe en un orden cósmico benévolo, en un Dios bueno cruje y hasta puede sucumbir; Wiesel insiste en que: “El reinado del alambre de púas se va a perpetuar como un enorme signo de preguntas entre la humanidad y su Creador. Enfrentado a una agonía y un sufrimiento sin precedentes, Él debería haber intervenido o al menos se debería de haber expresado”<sup>2</sup> (Wiesel 105).

Si miramos el tema desde el lugar de las víctimas, González Santos nuevamente en su estudio del pensamiento de Hannah Arendt, concluye que: “El mal radical, (...) transforma la naturaleza humana y va más allá de toda forma de degradación y de

---

<sup>2</sup> Las dos citas de Elie Wiesel son traducción de la autora.

deshumanización del ser humano. El mal radical hace que un ser humano no experimente su vida *qua* ser humano” (González Santos 41).

Las víctimas del mal sufren una destrucción absoluta antes de su muerte corporal. En el caso particular de las víctimas de los campos de exterminio nazis, Primo Levi, autor italiano, sobreviviente de Auschwitz, usa el término *musulman* para describirlas y en su libro *Los hundidos y los salvados* del año 1986 afirma:

Los hundidos, aunque hubiesen tenido papel y pluma no hubieran escrito su testimonio porque su verdadera muerte había empezado ya antes de la muerte corporal. Semanas y meses antes de extinguirse habían perdido ya el poder de observar, de recordar, de reflexionar y de expresarse. (542)

El filósofo italiano Giorgio Agamben corrobora esta idea cuando afirma en su libro *Homo Sacer* de 1998 que el *musulman* “es un ser al que la humillación, el horror y el miedo habían privado de toda conciencia y toda personalidad, hasta sumirlo en la más absoluta apatía” (234).

En *Los orígenes del totalitarismo* de 1951, Hannah Arendt enuncia:

Las víctimas de los campos de concentración suelen sentir que viven en un mundo que no puede ser posible, en una realidad aparte. (...) el campo crea una duda de las personas respecto a la realidad de su propia experiencia y de su condición como seres humanos. (537)

Para finalizar, me referiré al victimario. En el marco de cualquier situación monstruosa, referirse al victimario implica hablar de alguien para quien ha dejado de ser importante que otros vivan o mueran. Hay en él o ella una convicción de que los seres humanos son superfluos, tiene un concepto de la superfluidad de los seres humanos que “destruye en su interior la idea misma de la existencia humana, desdibuja la línea que divide la vida y la muerte” (Hannah Arendt citada por González Santos 27).

Todas estas conceptualizaciones contribuyen a la comprensión parcial de la realidad del mal que crece entre los humanos como la paja mezclada con el trigo; está siempre entre nosotros bajo una forma u otra. En un sentido amplio, al mal lo experimentamos todos si por él entendemos todo aquello que nos limita, que nos denigra, que nos hace daño. Nuestros defectos, nuestras enfermedades, los crímenes y torturas de los regímenes totalitarios, las guerras, los desastres naturales, los abusos físicos o psicológicos, la deshonestidad, los robos, la mentira, etc. Todas son posibles y variadas manifestaciones de lo malo.

Finalmente, si bien ésta es una temática dura, referirse a ella en ocasiones se torna ineludible.

## II. *El nazismo*

El nazismo es, en parte, el marco histórico en el cual se desarrolla la novela de Angelika Schrobsdorff *Tú no eres como otras madres*. Este movimiento fue una expresión sustancial y enorme de lo maligno en el siglo XX y se incorporó como una mancha más a la ya castigada historia humana.

En su artículo “Breve recuento del nazismo”, Eduardo Celaya Díaz de la UNAM afirma que: “El nazismo es uno de los fenómenos que más problemas enfrentan al investigarse, no tanto por la falta de fuentes o de análisis, sino por lo que significa en la historia de la humanidad. Rompió de tajo con la idea del desarrollo de la raza humana, con el avance de Europa como potencia en el mundo, con la mentalidad del hombre en camino a la perfección” (Celaya Díaz 1).

A modo de recordatorio de los hechos históricos *per se* diré que, en 1919, Adolf Hitler se afilia al partido de los Obreros Alemanes y pronto se transforma en su líder. A

comienzos de 1920, el partido da a conocer un programa de acción de 25 puntos y adopta el nuevo nombre de partido Nacional Socialista de los Obreros Alemanes. Así nacieron los nazis, llamados de ese modo debido a cómo suenan las dos primeras sílabas de la palabra *nacional* en alemán.

En 1923, Hitler es encarcelado por su participación en el *Beer Hall Putsch*, un intento de golpe a la república de Weimar en Múnich, accionado por grupos de derecha radicalizada del ejército y por el partido nazi. Mientras estaba en prisión, Hitler escribió su famoso libro *Mein Kampf* (Mi lucha). Según algunos historiadores, la obra es una sarta turbia de recuerdos personales, racismo, nacionalismo, colectivismo, teorías sobre la Historia, hostigamiento a los judíos y comentarios de índole política.

Muchos subestimaron a Hitler como un charlatán y a sus seguidores como un grupo periférico de lunáticos, pero cuando sobrevino la gran depresión de 1929/30 fueron los nazis los que dieron las respuestas que el pueblo alemán esperaba escuchar y fue ése el momento apropiado para que este grupo llegara al poder.

Una vez allí transformaron la democracia en una dictadura de partido único y en 1938 pasaron a ser un gobierno totalitario en el que la propaganda jugó un rol fundamental. Monopolizada por el estado, fue administrada por expertos fanáticos y por gente como Joseph Goebbels, demasiado inteligente este último como para dejarse engañar por la basura con la que él y sus pares engatusaban a sus conciudadanos.

En la obra *De Hitler al Heimat, el regreso de la historia como película* de 1989, el autor Anton Kaes observa que ninguna industria cinematográfica del mundo fue tan servil como la de la Alemania nazi, subordinada totalmente a la propaganda gubernamental. Ningún otro gobierno, afirma Kaes, se representó a sí mismo de manera tan obsesiva en el cine como el gobierno de la Alemania nazi (4).

Kaes menciona en su libro declaraciones de 1975 de Wim Wenders, director de cine alemán:

Nunca antes y en ningún otro país las imágenes y el lenguaje han sido usados tan inescrupulosamente como aquí, nunca antes y en ninguna otra parte han sido degradadas tan profundamente para ser usadas como vehículos de transmisión de mentiras. (5)

La población llegó a aceptar y a creer ciegamente en los enunciados más extravagantes posibles, después de haberlos escuchado miles de veces, año tras año. En los estados totalitarios, debido a la dificultad de los ciudadanos de ponerse en contacto con información independiente, poco a poco ellos mismos se van volviendo incapaces de usar la razón.

Hannah Arendt analiza y describe esta incapacidad cuando en su libro *Ensayos de Comprensión 1930 – 1954* afirma que:

El pensamiento ideológico en la medida que es independiente de la realidad que existe, mira toda la facticidad como que es fabricada, por lo que desconoce todo criterio fiable para distinguir la verdad de la falsedad. Si no es verdad que todos los judíos son mendigos sin pasaporte (...) nosotros cambiaremos los hechos de manera tal que esta afirmación se vuelva verdadera. (421)

La principal característica del régimen fue el uso del terror como medio coercitivo para dominar a la población y a las clases políticas. Como ejemplo, se puede mencionar la Noche de los Cuchillos Largos de 1934. Fue una matanza de enemigos políticos perpetrada por las SS, brazo armado personal del mismo Hitler.

Hitler logró encolumnar a gran parte de la población (66.000.000 en ese momento) detrás de las ideas de pureza racial, de la necesidad de ser una superpotencia, de la frustración y el rencor hacia otros países de Europa que habían humillado a Alemania con

el Tratado de Versalles y el odio a los judíos. Otros temas tales como los problemas de ingresos no recibidos, el poder de los grandes trusts económicos, los impuestos excesivos y los especuladores inmobiliarios también fueron parte de su convincente discurso.

Así fue que por unos cuantos años después de la llegada al poder del nazismo, Alemania se transformó en una máquina de guerra enorme y disciplinada sin enemigos adentro, silenciados o liquidados, y con grandes masas encandiladas por el Führer que vociferaban su apoyo en manifestaciones impactantes.

En relación al anti-semitismo, el Führer encontró el común denominador más bajo y más sórdido con el cual comprometió los sentimientos de todos los partidos y clases sociales. La política de aniquilación de los judíos fue decidida a altos niveles del gobierno en enero de 1942. Fue llamada la “Solución Final” al problema judío. El genocidio de este grupo, el esfuerzo por destruir a todo un pueblo, fue el pecado más grande de los Nazis en contra de la humanidad.

En su libro *On Evil*, Terry Eagleton afirma que el pogromo de los judíos, la obra maestra de los nazis, fue poco común no tanto por el hecho en sí de aniquilar a seis millones de personas, sino por haberlo hecho como un *acte gratuit* monstruoso. Se implementó un genocidio por el puro gusto de hacerlo, una orgía de exterminio porque sí, porque se les ocurrió (96). De aquí que Eagleton concluye que el mal rechaza la lógica de la causalidad y que tiene una falta total de motivación (93).

Se puede argumentar que la Solución Final tenía como objetivo unir a los alemanes detrás de un objetivo común, pero aun así, sigue siendo un acto sin fines prácticos reales porque la amenaza para la pureza de la raza aria que el discurso nazi le endilgaba no solamente a los judíos sino también a los romaníes, homosexuales, gente de izquierda y

gente con algún tipo de deficiencia, no era básicamente una amenaza real. La mayor culpa que tuvieron esos grupos fue existir (Eagleton 97).

En relación con las responsabilidades que cada actor tuvo en esta trágica historia, Terry Eagleton afirma que el mal necesita un sujeto humano para ser tal. En el caso particular de los nazis, ¿qué pasó? ¿A quién pertenece la subjetividad que condujo a Auschwitz? ¿A Hitler? ¿A todos los jefes del partido? ¿A la psiquis nacional? No son preguntas fáciles de contestar. Tal vez lo más cercano que podemos aventurar es decir que el mal en la Alemania nazi se manifestó en niveles muy diferentes (Eagleton 151). Estaban aquellos que contribuyeron con el proyecto no porque ellos fueran malvados, sino porque en su calidad de miembros de las fuerzas armadas o por ser funcionarios de rangos menores se sintieron forzados a tal participación. Otros que tomaron parte con entusiasmo (matones, patriotas, anti-semitas de ocasión, etc.) fueron más culpables, pero tampoco se los puede calificar de demoníacos. Otros cometieron actos atroces difíciles de nombrar y no porque fueran a obtener grandes beneficios. Adolf Eichmann estaría en este grupo. Y finalmente están aquellos como el mismo Hitler que se permitieron a sí mismos fantasías de aniquilación y que probablemente pueden ser definidos como auténticos malvados (Eagleton 152).

En su tesis *Hannah Arendt, el pensamiento y el mal*, González Santos se refiere a la responsabilidad de la sociedad en su conjunto cuando afirma que: “el régimen nazi demostró que los principios morales de una sociedad pueden ser sustituidos con sorprendente facilidad” (51). Eichmann fue un ejemplo de la facilidad con que una persona cambia sus principios morales; él – como la mayoría del pueblo alemán- los cambió en función de tres momentos distintos: antes del ascenso del nacionalsocialismo, durante el régimen nazi y desde mayo de 1945 después de la derrota de Alemania (51).

Auschwitz-Birkenau, Dachau, Buchenwald, Belzec, Chelmno, Majdanek, Sobibor, Treblinka, Theresienstadt: nombres que quedarán por siempre en la memoria histórica

como testimonios de la crueldad de la que es capaz el ser humano contra otro ser humano que es su igual.

A pesar de todo y para terminar esta sección en clave positiva voy a citar palabras de Viktor Frankl, psiquiatra, creador de la logoterapia, sobreviviente del Holocausto, de su obra *El Hombre en búsqueda de sentido* de 1946:

Dostoievski dijo en una ocasión: “Solo le temo a una cosa: no estar a la altura de mis sufrimientos”. Estas palabras frecuentemente volvían a mi memoria después de interactuar con los mártires de los campos cuyo comportamiento, sufrimiento y muerte fueron testimonios del hecho de que hay algo que un ser humano nunca pierde y es su libertad interior. Se puede decir que ellos fueron dignos de sus sufrimientos; la manera en que los soportaron fue un logro genuino del ser interior. Es esta libertad espiritual – que no puede ser arrebatada – lo que hace que la vida tenga un significado y un propósito. (87)

### *III. El viaje de Else*

*Y mi historia, me rescata o me condena,  
depende de la parte que elija, y del color con el que mire.  
Miradas acotadas. Las de todos.  
Marcela Agusti*

Karina Sainz Borgo, escritora venezolana, entrevistó a Milena Busquets en 2017 a propósito de su novela *También esto pasará* de 2015. En esa instancia, la escritora española afirmaba que para escribir debes tener la necesidad clara y potente de hacerlo, debes tener la frase que dará pie a una historia. Para *También esto pasará* la frase de partida era: “Quería decirle a mi madre que la había amado” (Sainz Borgo 1). Creo que Angelika Schrobsdorff pudo haber jugado en su mente con una frase similar cuando a sus 65 años decidió escribir *Tú no eres como otras madres*, ficción autobiográfica sobre la vida de su madre y de su entorno

durante las primeras décadas del siglo XX, publicada en alemán en 1992 y en español recién en 2016.

Else Kirschner, la madre de Angelika, muere en 1949 cuando la escritora tenía solamente 21 años. Schrobsdorff necesitó transitar muchos años, de hecho hasta cumplir 65 años, para recién poder reencontrarse con su madre en la escritura y ofrecerle así un homenaje tierno, sin reproches, generoso, conmovedor.

A fin de crear un contexto quisiera mencionar que la figura de la madre como ser dador de vida trasciende todas las culturas y fronteras porque su naturaleza se impone a cualquier otra consideración. La literatura nos brinda ejemplos de cientos de madres con cientos de características diferentes. Desde la Yocasta de Sófocles hasta las complejas madres modernas de Alice Munro o Doris Lessing, contamos con un abanico de madres literarias que quedarán en el inconsciente colectivo de la historia de la literatura como ejemplos de sabiduría, amor, frustración, coraje, lucha, dolor, abandono, dominación, muerte, etc. Todas memorables. A todas ellas se une ahora Else Kirschner, la madre de Angelika Schrobsdorff.

Angelika hace un recorrido de la vida de Else usando un lenguaje preciso, austero, con poco margen para el lirismo. Para escribir se basó en cartas y narraciones de amigos y parientes y también dejó vagar su imaginación cuando tenía que llenar huecos para los que no contaba con datos reales.

Para desarrollar este análisis y para poner en valor la novela tal como yo la leo, me voy a dedicar primero a Else la mujer, luego a Else la madre y finalmente a Else la ciudadana alemana de un tiempo político mundial particularmente terrible.

Else, hija de Daniel y Minna Kirschner, nació en el seno de una familia de la burguesía comercial judía de Berlín en 1893 y murió en junio del año 1949. Desde el principio, Else se mostró como alguien que no iba a aceptar ni brindar con docilidad todo lo que se esperaba de ella. No se asimiló a su entorno natural judío y se sintió atraída por el afuera de ese mundo, por el mundo cristiano con sus ritos, sus costumbres y su cultura. Ya

joven casadera, rechazó un “buen partido” dentro de la comunidad judía para casarse con Fritz Schwiefert, escritor de obras de teatro, cristiano, bohemio, despreciado y, llegado el momento, desleal con su esposa.

Else y Pitt vivieron pobremente en un principio y después con mayor solvencia. Tuvieron su primer bebé, Peter, y con el tiempo y a partir de la toma de conciencia por parte de Else de que Fritz le era infiel y no consideraba prioritaria su relación con ella, los dos se lanzaron a un estilo de vida desenfrenado donde la pareja Else-Fritz pasó a segundo plano para privilegiar otras relaciones sentimentales ocasionales. Los padres de Else y luego los hijos fueron siempre mantenidos en la mentira y en la ilusión de una realidad de armonía matrimonial inexistente. Else sostenía que una mujer debía tener un hijo con cada hombre al que amara. Así es como llega al mundo Peter, hijo de Fritz Schwiefert, Bettina hija de Hans Huber, amante de Else, y Angelika hija de Erich Schrobsdorff, segundo esposo oficial de Else.

Else mujer vivió con frenesí los famosos “locos años 20”. Su vida, la de Fritz y la de todo su entorno durante esta década y más también, fue alocada y plagada de excesos en el manejo de las relaciones. La búsqueda del placer sin importar qué límites se cruzaban, el goce artístico e intelectual y una falta total de responsabilidades fueron la forma elegida.

Al describir la época de la juventud de su madre la autora narra:

Era la gran época de las mujeres, quienes, liberadas de repente de las cadenas y convertidas en individuos autónomos, podían participar del mundo de los hombres y manifestar sus sentimientos, sus pensamientos, sus expectativas y necesidades antes reprimidas o rechazadas. (Schr. 128)

*Tú no eres como otras madres*, el título del libro, es la primera línea de un poema que Peter le escribió a su madre y nos lleva a pensar en Else como una rebelde de vanguardia, y si bien en realidad lo era, su madre no estaba sola en sus intentos:

Else, en aquel mundo sacado de quicio, se sentía como pez en el agua. Ya no nadaba contra la corriente sino que nadaba al frente de

una bandada de correligionarias (...) Ella marcaba el compás, arrebatada, imponía. (Schr. 129)

Else era la que nadaba al frente de una bandada de correligionarias que habían decidido romper con mucho o todo lo que traían en términos de tradiciones, prejuicios, costumbres, principios, fe religiosa. En palabras de Angelika aquella fue una:

corta y eruptiva época de esplendor, una mezcla de renovación y decadencia que a menudo precede al cataclismo, que transformaba a la ciudad tanto en una metrópoli del arte y del intelecto como en Sodoma y Gomorra. (Schr. 127/8)

Else fue empujada a la vida de aventuras amorosas que eligió vivir por las infidelidades de Fritz, pero sería injusto responsabilizarlo enteramente a él ya que la última decisión sobre nuestros actos es mayormente nuestra. Finalmente y después de mucho andar, Else reconoce que:

Todas las relaciones empiezan de forma suave e inofensiva pero luego desbordan a los implicados. Ninguna de las personas es fría ni calculadora. En el fondo todos son honestos y sinceros. Al final, desdichados y heridos por el destino, acaban pobres y con las manos vacías. FIASCO". (Schr. 161)

A la par de una vida sin responsabilidades ni laborales, ni familiares, de una vida amorosa alocada y descabellada aun para los ojos del más liberal de los observadores, y de una búsqueda constante del placer erótico y estético y del hecho cultural, hubo algo en Else que nunca conoció el ocaso: su amor por sus tres hijos. Else madre tuvo tres hijos. Peter, el primero, nació de su unión con Fritz. Ya adolescente Peter se mostró alocado como su madre a quien descolocaba porque él declaraba no tener la menor intención de tomar su vida en serio. Nada menos que su madre se lo reprochaba y también su padrastro Erich a quien el chico detestaba. Peterlein, abandonó Alemania poco antes de estallar la guerra por no querer convivir con la amoralidad que implicaba aceptar el régimen nazi. A pesar de ser sólo un adolescente, es el personaje de la historia que mostró una valentía increíble para

actuar en función de ciertos principios de justicia, para no esconder la cabeza en la arena acomodándose a las nuevas circunstancias que imponía el régimen nazi en Alemania y haciendo oídos sordos a lo terribles que esas circunstancias se tornaron a medida que avanzaba la década del 30 y ya después durante la guerra. Tuvo la valentía y la lucidez suficientes de reconocer la tragedia y la injusticia del entorno nazi, de rebelarse y de luchar contra ellas unido a los aliados fuera del territorio alemán. Su madre solo se enteró de esto hacia el final de su vida cuando le comunicaron que Peterlein había muerto defendiéndolas dos meses antes de terminar la contienda. Peter luchó contra los alemanes unido a los franceses en Egipto, Siria, Libia, Túnez, Italia y finalmente en Francia. Después de separarse madre e hijo cuando Peter abandonó Alemania antes del comienzo de las hostilidades, nunca más se reencontraron.

Bettina fue el segundo amor de Else. Hija de Hans Huber, amante de Else, Bettina recién se enteró de quién era su padre a los 45 años. Else, Bettina y Angelika debieron refugiarse en Bulgaria para huir de la persecución nazi contra los judíos que se había desatado en Alemania. En Bulgaria, Bettina desarrolló simpatía por el nazismo bajo la influencia de Mitso, médico búlgaro que devino su esposo más tarde. Else nunca renegó de su amor hacia ella por esta decisión y siguió animándola y apoyándola en su dura vida en Bulgaria hasta el fin. Nunca volvió a ver a Bettina después de abandonar Sofía al fin de la guerra.

La tercera, Angelika Schrobsdorff, fue hija de Else y de Erich Schrobsdorff, un humanista, amante de las letras y las artes, muy afirmado en su fe cristiana y miembro de una poderosa familia de agentes inmobiliarios de Berlín. Angelika terminó siendo la que recogió la historia de sus padres y la suya propia, y la volcó en esta obra que nos ocupa.

Else amaba a sus hijos de manera desenfadada como era toda ella. Angelika recuerda:

Me llama “mi monita titi” porque todo el tiempo busco su cercanía, me cuelgo de su nuca, su mano, su falda, me adentro literalmente en ella. Me aprieta contra su vientre, su pecho, me

coge en brazos, me sienta en su regazo, me cubre de caricias siempre nuevas, locas y dulces, tormentosas y juguetonas. (Schr. 184/5)

Con Peter reacciona de igual manera y el hijo responde con intensidad similar:

En 1940 cuando llevaban ya dos años separados —estando él en Grecia y ella en Bulgaria—, Peter le confiesa en una carta: “...Y en lo que se refiere al amor, ¿tú sabes cuánto te quiero? No, seguro que no. Pues yo te quiero más de lo que los hijos suelen amar a sus madres, porque no sólo te quiero como madre, sino también como... ¿cómo diría?... pues, sí, como mujer, no puedo expresarlo de otra manera...”. (Schr. 210)

Peter era casi Else en masculino: “Porque mira —le escribió a su madre en 1940—: en lo que más próximos estamos uno del otro es en ser impulsivos y en nuestra sinrazón embravecida” (Schr. 230). Else desesperaba y se quejaba: “¡Ay aquel hijo, aquel iluso, aquel lunático!” (Schr. 257). Y, sin embargo, se deshacía de amor por él. El chico por su parte solo tenía duras palabras para sus mayores: “Que él no tenía idea de qué iba a hacer con su vida ni tampoco la tendría, según se conocía a sí mismo, en el futuro próximo. Lo único que sabía era que no se quedaría en ese país asqueroso si allí las cosas seguían de esta manera” (Schr. 241). Sostenía que cualquier trabajo que hiciesen para esos monstruos o cada marco que ganaran con ellos significaba ser cómplices (Schr.280).

Su hostilidad hacia Erich:

aumentaba a medida de que avanzaba la persecución y privación de derechos de los judíos. También la relación con su propio padre, cuya indiferencia siempre lo había ofendido, la enfocaba ahora desde una perspectiva meramente política, perspectiva que le permitía expresar la amargura que sentía para con él. (Schr. 279)

Para Else, el rol de madre fue el que la marcó más profundamente y a medida que fueron pasando los años ese rol la poseyó al ciento por ciento y ya no contaron ni Erich, ni Pitt, ni sus amores, solo sus hijos. Es así que casi al final de su vida, Else declara: “La

felicidad hubiera sido la cercanía de mis tres hijos, la sensación de que me necesitan. Sólo eso me hubiera proporcionado una razón de ser, sólo así hubiera sabido dónde está mi sitio” (Schr. 558).

Sin embargo, hubo un tiempo hacia el fin de su vida en que Else llegó a creer y a proclamar que: “El amor de madre es un amor infeliz” (Schr. 547). ¿Cómo no pensar en esos términos si Angelika estaba viviendo un proceso de distanciamiento y rechazo profundo de su madre, si Bettina había quedado varada detrás de la Cortina de Hierro y si tuvo que aceptar el mazazo que significó la muerte de Peter? La vida regala a las madres una embriaguez de amor cuando tienen a sus hijos. Con los bebés en sus brazos, ellas creen que van a poder impedirles que sufran y que ese estado de identificación con el hijo va a durar para siempre. ¡Ilusas! La embriaguez de amor en muchas ocasiones se transforma en dolor cuando con el tiempo sobrevienen la distancia, el abandono, la indiferencia, las ideas enfrentadas, incluso la muerte prematura del hijo en algunos casos.

Else mujer y madre también fue la ciudadana alemana de origen judío, testigo y víctima de una época tremenda. Amó y disfrutó del Berlín de los años 20 y 30 y fue Berlín la ciudad que cobijó sus amores y su sed de arte y cultura. Sin embargo, Angelika sugiere que en ese Berlín maravilloso, Else, Erich y su entorno fueron incapaces de ver la real magnitud de la situación que estaban viviendo ni la dimensión de lo que se estaba gestando. Schrobsdorff analiza y cuestiona en qué capacidad transitaron sus padres ese tiempo:

Hay momentos en que dudo del sano juicio de mi madre y sus amigos. ¿Tenía ella, tenían ellos, tan poca sapiencia y conciencia política como para seguir triscando alegres por los campos de una dictadura que lenta pero firmemente privaba de los derechos humanos a aquellos que no eran de sangre alemana o afín? (...) ¿Cómo Eric, mi padre, y Else, mi madre, pudieron compaginar su humanismo y su sinceridad respectivamente con lo que estaba ocurriendo en Alemania? (...) No, no sé lo que se cocinaba en sus mentes, lo sé cada vez menos de cara al transcurso de la historia y me temo que ellos mismos tampoco lo sabían. (Sch. 240/1)

Al final del desastre, en 1945, cuando ya Berlín era una ciudad arrasada, destruida material y espiritualmente, no hubo lugar más que para las lágrimas y los lamentos y Else lo describe así:

Nadie que no lo haya vivido puede imaginarse lo que pasó en Berlín cuando Alemania por fin se rindió y las tropas vencedoras tomaron la ciudad. Han ocurrido cosas de cuyo horror no tenemos ni idea y que superan nuestra capacidad de comprensión. No hay una sola familia que no esté de luto por uno de sus miembros, ni una sola persona que no haya salido tocada, enferma o destruida de aquel infierno. (Sch. 543)

A modo de análisis y valoración de la heroína de esta ficción autobiográfica, yo diría que sería injusto leer a Else solamente como la mujer que se atrevió a saltar el cerco que le imponía su entorno judío y que se animó a cruzar los límites de una vida afectiva tradicional entregándose a una experiencia desenfadada y desinhibida de las relaciones de pareja y que se atrevió a organizar su vida de manera audaz e irreverente para la época. A mi modo de ver, su mayor logro no fue reírse de los prejuicios, usos y costumbres de su tiempo y de su entorno. Yo creo que Else hizo un camino mucho más rico que implicó un viaje desde el hedonismo, el egoísmo y la auto-referencialidad hacia un crecimiento personal impresionante y significativo donde su ser de madre y su vida interior se revalorizaron. ¿Cómo se fue gestando este cambio?

Después de sus años locos en Alemania, la guerra y la persecución a los judíos vienen a cambiar el panorama y Else se vio obligada a abandonar su país para ir a refugiarse en Bulgaria con sus dos hijas donde gracias a un matrimonio ficticio con un ciudadano búlgaro se podía esperar que estuvieran a salvo. Bulgaria quedó al principio de la guerra como territorio neutral, pero en 1941, se alió a Alemania y al fin de la contienda, hacia 1944, se integró al bando de los aliados. A pesar de esto, Sofía fue bombardeada intensamente por los mismos aliados creándose así la confusión, la muerte y la destrucción.

En ese país, Else y las chicas sufrieron lo indecible. Las necesidades, el abandono, la nostalgia del hogar y las raíces, la pobreza material, el miedo a la muerte violenta, la preocupación por el hijo y el hermano ausente y el sufrimiento físico y psicológico fueron la moneda corriente de aquellos años. A Else se le manifestó una parálisis en el costado derecho del rostro y luego le diagnosticaron esclerosis múltiple. Bettina se casó con Mitso y vivían en condiciones deplorables, fue encarcelada por ser hija de un alemán, aunque en poco tiempo después fue liberada. Angelika sufrió todos los cambios propios de la adolescencia bajo una presión emocional casi insoportable lo cual le dejó secuelas psicológicas y físicas mayores. Else regresó a Alemania en 1947, enferma, para encontrar que Erich se había vuelto a casar y que su amado país estaba arruinado.

Durante sus años felices, Else era incapaz de asumir el aspecto doloroso de la existencia y su actitud frente al sufrimiento era la huida. Así lo hacía con sus hijos y con sus padres de quienes huyó para no admitir que estaban viviendo un desgaste psicológico tremendo ocasionado por el reconocimiento de que en Berlín los judíos eran perseguidos y que tarde o temprano vendrían por ellos. Else no creyó que les llegaría la hora a sus padres mayores. Sin embargo, Minna, su madre, terminó sus días en Theresienstadt, un campo de concentración situado en Checoslovaquia. Daniel murió de neumonía en su hogar antes de que nadie se lo llevara.

Paralelamente y a pesar de todo, el espíritu de Else, de alguna manera, fue adquiriendo una fortaleza nueva que la acompañó hasta el final. Junto con esta fortaleza llegó la autoevaluación, la autocrítica y el cuestionamiento que la llevaban a decir: “Es que todo vuelve como un bumerán’ (...). Lo decía a menudo en los últimos diez años de su vida, y con cierta satisfacción, pues no veía más que un castigo justo en todo golpe que la alcanzaba” (Sch. 276). Else reaccionó muy duramente consigo misma y cuando miraba hacia atrás y hacia adentro de su ser, se creía merecedora de todo dolor: “Mira cómo yo he desperdiciado mi talento y mi inteligencia durante toda una vida. Y ahora estoy donde

estoy. ¡Justa consecuencia! Exceptuando la enfermedad, pero incluso esta forma parte del todo” (Sch. 581).

Sus reflexiones la llevaron a preguntarse:

Yo que fui tan mala hija y madre. ¿Alguna vez he hecho algo que haya tenido algún sentido y valor profundos? ¿No ha sido mi vida más que una cadena de locura, superficialidad, egoísmo, ansia de placer, delirio erótico? Yo solo veo mis errores y nada absolutamente nada en lo que pueda sostenerme, de lo que pueda decir que estuvo bien y fue decente. No obstante a veces ni siquiera me arrepiento. Fue, a pesar de todo, bello. (Schr. 558)

Muchas veces he sido un caso singular, pero siempre en lo negativo. Ahí residía mi talento. Por lo demás siento que esta enfermedad tan rara como extraña es en cierto modo un acto de justicia. (Schr. 567)

Else piensa que ella ha sido ingrata y no agradecida por todo lo que tenía en su momento y concluye que eso uno lo paga y que es justo que lo pague (Schr. 500). Le pide perdón al hijo después de recibir su carta donde le cuenta que había participado de la guerra para defenderlas y le escribe: “tengo miedo de que me quieras demasiado y no lo merezca. Porque cuando pienso en los tiempos pasados sólo veo mis errores, que, Peterlein, me atormentan incesantemente, pues son irreparables” (Schr. 500). También evalúa y cuestiona a los que están a su alrededor, a sus antiguos compañeros de viaje. Sin rencor, pero con objetividad, le hace una pregunta a Fritz que pone en juego la humanidad de su primer marido y su valoración de lo que había sucedido con los judíos: “Fritz, ¿cómo pudo haber muerto mamá en Theresienstadt de una muerte natural? ¿No es antinatural cualquier muerte de la que uno muera en un campo de concentración?” (Schr. 557) Y agrega: “vosotros sois tibios y queréis olvidar, y yo, con mi interior y mi exterior enfermos, soy, desafortunadamente, un reproche demasiado grave, una carga demasiado onerosa para vosotros” (Schr. 555).

Else le dedicó palabras particularmente duras a Fritz quien parece haberse quedado en el pasado y no haber registrado el dolor de tantísima gente. Encerrado en su torre de marfil, Fritz no podía ver que:

La miseria y el miedo a morir no pueden idealizarse ni considerarse con romanticismo. (...) Son feos y afean, huelen mal, transforman a las personas en animales acosados que luchan por sobrevivir, y sólo en raros casos hacen de ellas mártires y santos. (...) Pitt, millones han sufrido las muertes más terribles y quienes hemos sobrevivido (...) nunca, ¿me oyes?, nunca podremos olvidar el horror. (Schr. 520)

A pesar de todas sus aflicciones, Else nunca permitió que anidara en ella el odio ni la amargura: “quiero luchar contra el deseo de venganza y quiero dejar de odiar” (Schr. 502). Y siempre encontró palabras conciliatorias y de disculpas para los seres que la rodeaban. En medio del desastre humanitario que significó la segunda guerra mundial europea, Else se superó a sí misma e hizo un crecimiento que no todos lograron hacer después de aquellos horribles años:

Los alemanes son incorregibles. No se han desprendido de su arrogancia, no han comprendido ni aprendido nada. Y si algo los conmociona no es lo que hicieron sino lo que ahora les están haciendo a ellos. No pueden soportar ser los derrotados y vencidos, despotrican y provocan, y por lo visto no son en absoluto conscientes de que si se ven en esta situación ha sido por su propia culpa. (Schr. 562)

Else ganó en humanidad y en sabiduría a través del dolor y así es que volvemos a la cuestión del mal, el dolor, la maldad y el sentido que pueden llegar a tener en nuestras vidas. En esa línea de inquietud quisiera mencionar nuevamente a Terry Eagleton que, en su libro *On Evil*, nos confronta con la idea de que si bien es verdad que del sufrimiento, del dolor o del mal pueden surgir cosas buenas, no siempre es así, y aun cuando así sucede, el bien ganado es escaso, no es suficiente para justificar el mal inicial (131). O sea, el hecho de que Else pudiera hacer un camino de crecimiento personal y que pudiera evaluar su vida

pasada con objetividad y finalmente tomar responsabilidad por sus actos, no justifica todo el dolor y las injusticias vividas por ella y sus hijas por ser judías. Tal vez como seres humanos, insiste Eagleton, deberíamos crear maneras menos drásticas para incorporar cierto grado de humildad a nuestros espíritus (Eagleton 134).

El viaje de Else fue largo, duro, divertido, intenso, sorprendente, cuestionable, pero esta mujer tuvo al fin la dignidad y la fuerza interior suficientes que le permitieron mirar hacia atrás y decir: “Y sin embargo, la vida ha sido bella” (Schr. 567). Ya cerca del final de su vida, sus pensamientos siempre se volvían a sus hijos. En sus cartas a Bettina, Else recuerda:

Pese al amor que os tenía, era impaciente y no me controlaba, os regañaba y gritaba y nos volvía locas a mí y a vosotras. ¿Para qué sirvió? Para tener mala conciencia, entonces y ahora. Me arrepiento tanto de no haber sido una madre mejor. Mi Peter está muerto, tú estás lejos, Angelika se mantiene alejada de mí; nunca más podré reparar lo que dejé de hacer en aquel entonces. (Schr. 586)

En su última esquila a Pitt, su primer, más puro y más genuino amor, le anuncia su paso: “Querido Pitt: Estoy muy débil y ya no puedo hacer nada. Simplemente no he aguantado” (Schr. 587).

*Al fin he descubierto  
la recóndita clave de mis años,  
(...) la letra que faltaba, la perfecta  
forma que supo Dios desde el principio.  
En el espejo de esta noche alcanzo  
mi insospechado rostro eterno. El círculo  
se va a cerrar. Yo aguardo que así sea.*

Jorge Luis Borges

#### IV. *El viaje de Angelika*

*“...ahora estábamos a solas, cada carta y yo. Leí las primeras con precaución, como quien se sumerge poco a poco en agua profunda. La escritura desencadenaba un efecto de vida inmediato, poderoso, con los riesgos del recuerdo y la melancolía en cada frase”*

Inés Fernández Moreno

En ocasiones, hay que dejar el pasado en paz y seguir adelante con nuestro presente y nuestros proyectos para el futuro. Pero en otras ocasiones, el pasado vuelve una y otra vez y no nos deja tranquilos hasta que logramos hacer las paces con él. Walter Benjamin, filósofo y teólogo alemán, habla de una cita (*das Zitat*), de una reunión secreta entre el presente y el pasado, cita a la que esperan que asistamos aquellos que ya han partido (Reyes Mate 142). Y es así que se cumple una irrupción del pasado en el presente y esta irrupción es aquello que hay en el pasado que viene a constituir junto con el presente, de una manera creativa, una nueva constelación de sentido para nosotros los que todavía estamos vivos (Reyes Mate 143).

También a modo de reflexión introductoria nos preguntamos con Inés Fernández Moreno en su novela *No te quiero más* de 2019: “¿Cuándo se termina de morir la gente? ¿Hasta cuándo hay que seguir pensándolos, reinterpretándolos, trillando sobre sus pasos?” (183)

Podríamos decir que Angelika Schrobsdorff, a sus 65 años, cuando decide escribir *Tú no eres como otras madres* asiste a una cita con su madre y logra tal vez construir con ella una nueva constelación de sentido para su propia vida. También podemos especular que la autora alemana finalmente encontró un poco de paz y que logró dejar de trillar sobre los pasos de su madre y dejó de reinterpretarla. No lo sabemos. Son todas conjeturas que nos ayudan a vislumbrar y a valorar las vidas de estas dos mujeres, Else y Angelika.

La escritora alemana usa cartas de su madre dirigidas a sus hijos, parientes y amigos como intertexto explícito en su novela. Creo que, en ellas, Angelika buscó respuestas para su propia historia y para entender la historia de su madre.

Las cartas, aun con su sobriedad, reabrían el abismo de las conjeturas, del misterio que envuelve a los padres, eran un pedazo vivo de su historia: bastaba con empezar a leerlas para que su vida se echara a andar otra vez como si uno pusiera un disco. Aunque cada vez fuera posible percibir notas distintas, yo nunca iba a entenderlo del todo, ni necesitaba hacerlo... (Moreno 177)

Al usar las cartas de Else, Angelika también le da a su madre entrada al mundo del arte, ese mundo que Else tanto había amado y del que había gozado tan intensamente durante su juventud en Berlín. La narración que surge entonces no es un ajuste de cuentas sino, por el contrario, es una descripción objetiva de Else incluyendo sus fortalezas y debilidades. Sin caer en el sentimentalismo, la escritora muestra a una mujer que transitó caminos de placer y de lucha, a una mujer que vivió de manera apasionada, tormentosa, intensa, hedonista a veces, sufriente otras, una mujer que por sobre todo amó a sus hijos profundamente.

Angelika también se presenta a sí misma como un personaje de peso en la historia. Después de Else, el personaje Angelika es el más potente y en el que la autora se detiene más tiempo. Angelika personaje sigue en cierta forma el camino opuesto al que siguió su madre: desde el miedo, la incertidumbre y el dolor hacia el desenfado y la búsqueda de sentido en el hedonismo y la falta de responsabilidades. Else viajó desde la fiesta hacia el dolor y en el camino ganó en autoconocimiento, fortaleza y dignidad. Angelika quedó atrapada en el laberinto en que se transformó su vida después de la guerra cuando ya había superado su adolescencia y se había transformado en una bella joven mujer de veintidós años. La novela se detiene allí, en el momento en que Else muere a causa de esclerosis múltiple.

Angelika nace en Friburgo en 1927 fruto de la relación entre Else y Erich Schrobsdorff. Sus primeros recuerdos conscientes no son en las rodillas de su papá o en los brazos de su mamá sino junto a sus abuelos Kirschner. La madre estaba buscando sentido en otros lugares, no junto a sus hijos. Los abuelos Kirschner ocupan en la memoria de Angelika, el lugar de las cosas simples, de los juegos, de los cuentos, de la calidez del hogar, de las comidas, del loro en su percha: “Los abuelos Kirschner fueron las primeras personas a las que amé con conciencia, y que, en su bondad, paciencia y cariño constantes, me transmitieron una sensación de abrigo incondicional” (Schr. 183).

Sus padres ocupan el lugar de la confusión, las preguntas, los secretos, las razones no expuestas, las explicaciones que faltaban para construir una base sólida. Si bien Else y Erich amaron a Angelika y ella los amó intensamente también, hubo formas de encarar su educación que marcaron a la niña y a la adolescente que tal vez justifican en parte el alejamiento y el rechazo que Angelika experimenta hacia ellos al final de la novela.

A los abuelos Kirschner los quise con un amor elemental y equilibrado en el que no interfería el miedo como me ocurría con el amor doloroso que sentía por mi madre y el reverencial que experimentaba hacia mi padre. Era un amor que me ponía alegre y que me liberaba de la angustia que siempre acechaba en mis adentros. (Schr. 203)

El ocuparse de los hijos era secundario, no prioritario para Else. Erich era un amante del cumplimiento del deber y la expresión del afecto era una materia pendiente para él. La vida familiar de Angelika era confusa, con gente entrando y saliendo de su vida y la vida de su madre de manera inexplicable para una niña. Bettina, su hermana, era totalmente crédula y cualquier explicación le venía bien. Angelika era una niña seria, retraída, huraña, muy propensa al miedo y que temía a los adultos (Schr. 185). Peter fue el “único de los hijos que veía, comprendía, amaba y aceptaba a nuestra madre como era” (Schr. 165).

Los niños no recibieron nunca ningún tipo de explicación referida a los judíos, a los nazis, a lo que estaba pasando en Alemania y menos todavía referida al mundo de

relaciones afectivas de los adultos alrededor de ellos. Aun así la autora reconoce que: “Tengo en claro que lo que hacían, fuese correcto o equivocado, lo hacían por amor y preocupación” (Schr. 284). Fieles al principio de que la ignorancia los mantendría felices. Por ejemplo el pogromo judío de noviembre de 1938 que pasó a llamarse “La Noche de los cristales rotos” quedó como un secreto y pasó al lado de Angelika sin dejar huellas según reconoce la escritora. No se enteró de la matanza hasta muchos años después. Cuando la realidad de la agresión nazi contra los judíos se hizo imposible de ignorar, Angelika, con solo doce años, Bettina y su madre emigraron a Bulgaria: “Abandoné Alemania como sonámbula cogida de la mano de mi padre y con la gran muñeca Lore en el brazo” (Schr. 339). Allí pasaron ocho años desde 1939 hasta mayo de 1947. Angelika nunca tuvo bien claro a qué se había debido el cambio y solo se enteró cuando ya en Bulgaria, tiempo más tarde, alguien casual y descuidadamente deslizara que ella era “una pobre niña” por ser hija de una judía.

Frente a tanta incertidumbre y desconocimiento de causas, Angelika reacciona con un retraso en el desarrollo incluso experimenta cierto grado de regresión. Else estaba preocupada por la pequeña que “en lo emocional había regresado al estado de monita tití y en lo físico parecía el espíritu de la golosina reducida a su mínima expresión” (Schr. 367). La muerte del abuelo Kirschner y el llamado a filas de su padre vinieron a agrandar la angustia y Angelika no vio nada mejor que colgar sobre su cama la cita de Schopenhauer: “Desde que conozco al hombre, amo a los animales” (Schr. 369). Al ignorar o no conocer integralmente qué estaba pasando alrededor de ella y en su interior, Angelika esperaba siempre el final de aquella macabra mascarada (Schr. 377).

Erich educó a su hija y a los otros dos hijos de Else en los principios y valores cristianos y Angelika absorbió y aceptó todo, pero eventualmente se alejó de la fe también, como se alejó de su madre. La fe que Erich le inculcara encuentra expresión en sus rezos en la catedral de Alejandro Nevski en Sofía donde iba a prender velas y a rezar pidiendo volver a Alemania, que los alemanes perdieran la guerra y que Dios la hiciera morir antes

que a su madre. Su fe adolescente, que creía que pedir algo era recibirlo inmediatamente, se ve traicionada una y otra vez y así el amor y la confianza a Dios a quien había bautizado con el nombre del dios germánico Wotan, se transformaron en odio. Con la frescura propia de la adolescencia Angelika enfrenta a su madre con una pregunta que muchos en nuestra edad adulta también nos hacemos: ¿Cómo se puede creer o participar de una creencia llamada cristianismo que predica el amor al hermano y a la vez aniquila o tortura a quien se le cruza en el camino? Con una lógica demoledora Angelika inquiere: “—Los alemanes son cristianos, ¿verdad? Los búlgaros son cristianos, toda Europa es cristiana. ¿Qué cristianismo es ese que permite que se torture a los judíos de esta manera?” (Schr. 441). Su madre no tiene respuesta, creo que nadie la tiene, y la reacción espontánea de la chica fue correr a la catedral Alejandro Nevski, levantar la mirada hacia el anciano Wotan y decirle en voz baja: “Querido Dios Padre, ¿sabes qué? ¡Vete a tomar por culo!” (Schr. 441). Y nunca más volvió.

Nuestra primera reacción quizás sea tomar la decisión de Angelika como el capricho de la adolescente que reniega de todo, que rechaza todo y que se vuelve irreverente en busca de su propia identidad. Pero también hay algo de profundamente cierto y de profundamente humano en su queja, pues se asemeja a la del hombre o mujer adultos que se plantan ante Dios por los males del mundo o los propios y claman con el salmista: “¿Hasta cuándo Señor?”

Debido a las circunstancias de su vida y del tiempo histórico que le tocó vivir, Angelika tuvo que experimentar en un período corto de tiempo la etapa adolescente cuando construimos nuestra identidad y desidealizamos a los padres como seres supuestamente superpoderosos, sin errores, falencias o dudas. Lo que normalmente se logra gradualmente, en un período más bien largo de tiempo, Angelika tuvo que vivirlo y experimentarlo abruptamente, en poco tiempo y empujada por situaciones de extremo dolor y horror. A las situaciones ya mencionadas se agregaron la muerte de su abuela en el campo de concentración de Theresienstadt, la parálisis facial que sufre su madre que le

desfiguró el rostro y que no le permitía ni hablar, ni tragar, ni comer apropiadamente, el diagnóstico de esclerosis múltiple de Else, los bombardeos aliados de Sofía que siembran en ella el terror y la desesperación de explotar en pedazos en cuestión de segundos, el terrible accidente de Mitso, el marido de Bettina.

Entonces, la niña que se está transformando en mujer, que tiene su primera regla a los dieciséis años, caminando hacia Bujovo, huyendo de una Sofía acosada por las bombas, debió asumirse a sí misma y a su historia de un solo golpe. Demasiado pedir a una niña-mujer de 16 años. De pronto y sin previo aviso se le pedía que ella hiciera la elaboración de qué padres le tocaron y que esa elaboración se manifestara en entendimiento y aceptación y en un abrazo simbólico a su madre para el cual ella no estaba preparada todavía. Este abrazo a los padres, en circunstancias normales, se logra mucho más tarde. O sea que podemos entender plenamente al personaje cuando frente a la visión de la caricatura en la que se había transformado la cara de su madre declara:

Quise apresurarme hacia ella, pero no fui capaz de moverme, quise decirle algo consolador pero no me salieron las palabras; quise ahorrarle mi mirada de horror pero no pude apartar la vista. (Schr. 235)

Tener que hacerse cargo de los padres y asumir su protección a los dieciséis años tiene que tener un impacto importante en la psicología de una persona. Asumir a Else en el estado que estaba y con el pronóstico que tenía, en soledad, sin el apoyo del padre debió de ser durísimo para Angelika, en realidad lo fue. Ella misma reflexionaba frente a la visión de su mamá: “¡Cómo se le ocurre, ahora que yo por fin podía llevar una vida digna, perseguirme con su muerte, con sus ojos!” (Schr. 530). Debido a la profundidad del rechazo mezclado con la profundidad del dolor de verla así sufría de “mareos anímicos” que le provocaban “ahogos y convulsiones de dolor y que a punto estaban de hacerme vomitar el corazón” (Schr. 494).

Angelika arremete con toda sus fuerzas contra su madre a quien asume como culpable de todas sus penas, problemas y desgracias. Frente a una carta que le envía Else de carácter admonitorio, ella responde que le parecía ridícula y descarada:

¡Que fuera feliz con sus lecciones tardías, sus citas de Schiller y su Dios Padre querido! Había tardado cuarenta años o más en llegar ahí —y si los nazis no se hubieran abalanzado sobre nosotros probablemente nunca hubiera llegado—, y a mí ya a los quince me pedía ser fuerte, honesta, seria, consciente del deber y dispuesta a ayudar, buena y no sé cuántas cosas más. ¿A cuenta de qué? (...) ¡Que no contaran conmigo! (Schr. 449)

Else advierte en Angelika una actitud nueva y crítica, cargada de negatividad y dureza no solo con la vida sino también con ella y Erich. Los intercambios con su madre y su hermana dan prueba de tal cosa:

— ¡Cómo se puede ser tan negativo a los dieciocho años! exclama Else.  
— ¡Pues adivinal responde Angelika (Schr. 532).

“...la maldición es la humanidad Bettina” (Schr. 510), comparte con su hermana.

“Me cago en su deber” declara en referencia a su padre cuando este les anuncia al fin de la guerra y cuando por fin parece que van a reencontrarse, que se había casado con Liselotte.

¿Se puede querer a una persona a la que no se conoce de la que nada se sabe? (...) ¡A mí los dos me provocan náuseas! (...) Ya no quiero tener nada que ver con él, con ese hombre sumamente honesto y limpio que nos ha dado la ultimísima patada. (...) ¿Qué esperabas ma-má? ¿Que saliera de este infierno como una santa dispuesta a perdonarlo todo? (Schr. 517)

Finalmente y quizás buscando olvidar, buscando compensar tanto dolor, Angelika toma a sus padres como culpables y responsables directos de todas las desgracias, se distancia de ellos y hace todo un camino de amoríos fallidos que nos conducen al final del

libro y nos quedamos con una protagonista enredada en su propia búsqueda, flirteando e involucrándose con este, aquel y el de más allá y sin hacer nada práctico ni creativo con su vida.

Su primer amor fue Boris, hijo de un general búlgaro, al que conoció en Bujovo, luego vinieron Bert Littman, inglés, a quien abandonó por ser judío, pues comprendió que nunca podría amar a un judío y “compartir la vida con uno, pues eso significaría angustia y tormentos, amenazas y humillaciones” (Schr. 503). Luego llegó el capitán Benson, seguido por un atractivo coronel de la fuerza aérea americana quien la inició en la sexualidad de manera violenta y no en un marco de amor como ella había imaginado. Finalmente se casó con Edward Psurny, americano, y con él volvió a Alemania en 1947.

Ya en Alemania, siguieron la anorexia nerviosa, el amante M., el amante suizo, el fin del matrimonio con Edward, robarles los novios a las amigas y los reproches de Else quien le recuerda que “cuando sepas lo que quieres y veas por delante un camino nadie podrá hacerte daño, ningún matrimonio fracasado ni nuevo amorío alguno (Schr. 580/1).

Como dije al principio, Angelika recorre un camino inverso al de su madre y aparentemente no hay ancla salvadora para ella al final de la novela.

Aun así y a riesgo de entrar en especulaciones, yo quisiera creer que con el paso de los años la escritora pudo elaborar su historia y encontrar cierto grado de paz. Yo creo que *Tú no eres como otras madres* nos estaría dando testimonio de tal cosa. Si ella no hubiera logrado asumir su vida plenamente y perdonar a Else y a Erich, amarlos y abrazarlos en sus debilidades, aceptando el amor imperfecto que le profesaron, no habría podido escribir este libro donde nunca sentimos que se está haciendo un ajuste de cuentas, todo lo contrario.

El entorno condicionante que rodea a todos los seres humanos, en el caso de Angelika fue tremendamente duro e impactante. Era casi imposible que ella reaccionara de una manera diferente a la que lo hizo. Hoy, octubre 2020, hace dos años que la autora alemana murió, dos años después de que su novela saliera a la venta en el mercado hispanohablante. La novela tuvo diecisiete reimpresiones en el transcurso de solo

diecinueve meses, desde marzo de 2016 hasta octubre 2017. Esto da cuenta de la potencia de la historia y de la impresión que deja en los lectores.

Al leer *Otras madres*, nos sentimos identificados con sus personajes por la dimensión de simple y auténtica humanidad que despliegan. El nazismo, mal externo a todos ellos que condicionó sus vidas, las decisiones que fueron tomando para sus caminos respectivos, la ternura de la vida familiar, las tragedias que vemos sucederse a su alrededor nos inquietan, nos emocionan, nos alegran, nos llaman a la reflexión. Yo creo que seguramente Angelika Schrobsdorff, la mujer real, la escritora, después de mucho andar y después de compartir con el mundo su testimonio de vida con esta novela, tiene que haber podido decir al igual que su madre, en voz bajita y con todos sus recuerdos desfilando ante los ojos de la memoria: “Y sin embargo la vida ha sido bella.”

### *Conclusión*

En su artículo “La reescritura de la historia en la nueva novela latinoamericana”, Fernando Aínsa, el escritor y crítico literario hispano uruguayo, afirma sobre la novela histórica latinoamericana algo que puede ser aplicado a la novela de Schrobsdorff. Él dice que la característica más importante de estas novelas es que “entre las ruinas de una historia desmantelada por la retórica y las mentiras, buscan al individuo real perdido detrás de los acontecimientos; descubren y le cantan loas a los seres humanos en sus dimensiones más creíbles, aun cuando estos seres humanos puedan ser inventados o recreados” (Aínsa 31).

Cuántas historias como las de Else y Angelika, de individuos “reales perdidos detrás de los acontecimientos” debió de haber en el desastre que fueron el Holocausto y la Segunda Guerra Mundial. Cientos de miles de personas que perdieron la posibilidad de desarrollarse armoniosa y gradualmente, la oportunidad de crecer en paz y de poder mirar hacia el futuro de manera creativa. Gente que vivió con miedo, que quedó marcada con alteraciones psicológicas y corporales importantes y con penas inimaginables. Diría entonces que, en una época en que el mal se hizo realidad a través de los quehaceres del

nazismo, la historia de Else y de su familia refleja miles de otras historias similares y quizás es por eso que la novela se nos hace tan cercana y que la leemos con tanta inquietud. A veces hasta tenemos que dejar de leer para tomar un respiro y seguir.

El mal está, estuvo y estará entre nosotros como dice la metáfora bíblica de la paja en medio del trigo, sin importar cuánto hagamos para combatirlo, pero también sin eximirnos de hacerlo. El nazismo concretó su versión del mal y lo hizo con una minuciosidad admirable y deleznable arruinando así la vida material, física, psicológica y espiritual de millones de personas. Angelika juntó valor y puso en palabras escritas todo lo que les tocó vivir a ellos y lo compartió con el mundo. Así nos obligó a reflexionar sobre quiénes somos, cómo vivimos, a quiénes amamos u odiamos, qué valores apoyamos y cuáles despreciamos. Un ejercicio perturbador pero ineludible.

© María del Carmen Rosso

### *Corpus*

Schrobsdorff, Angelika. *Tú no eres como otras madres* (1992) Periférica & Errata Naturae: 2017

### *Bibliografía*

Agamben, Giorgio. *Homo sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Pre-textos: 1998

Aínsa, Fernando. “La reescritura de la historia en la nueva narrativa latinoamericana”  
*Cuadernos Americanos (CA)*. Artículo en vol. 28, 1991 Julio-Ag. pp. 13-31

Arendt, Hannah. *Ensayos de comprensión 1930-1954*. Caparrós Editores: 2005

Bernstein, Richard. *Radical Evil*. Cambridge. 2002

Eagleton, Terry. *On Evil*. New Haven-Londres. 2010

Fernández Moreno, Inés. *No te quiero más*. Alfaguara: 2019

Frankl, Viktor. (1946) *El hombre en búsqueda de sentido*. Simon & Schuster: 1984

Kaes, Anton. *From Hitler to Heimat: The return of History as Film*. Harvard University Press:  
1989

Levi, Primo. (1986) *Los hundidos y los salvados: Trilogía de Auschwitz*. Océano: 2005

Mathewes, Charles. *Evil in Augustinian Tradition*. Cambridge University Press: 2001

Palmer, R.R y Colton, Joel. *A History of the Modern World* (1950). Alfred A. Knopf Inc.: 1984

Reyes Mate. *Por los campos de exterminio*. Anthropos Editorial: 2003

Ricoeur, Paul. *El mal. Un desafío a la filosofía y a la teología*. Amorrortu Editores: 2004

Wiesel, Elie. *All Rivers run to the Sea. Memoirs*. Schocken: 1994

*Webgrafía*

Celaya Díaz, Eduardo. “Breve recuento sobre el nazismo” 2016.

<http://www.eslocotidiano.com/articulo/tachas-154/breve-recuento-nazismo/20160521231631029884.html>

González Santos, Andrés Eduardo. Tesis: “Hannah Arendt, el pensamiento y el mal”. 2011

<http://bdigital.unal.edu.co/5297/1/andreseduardogonzalezsantos.2011.pdf>

Sainz Borgo, Karina. “La última mujer que amó” Agosto 2017.

<https://www.zendalibros.com/milena-busquets-la-ultima-mujer-que-amo/>